
Anales de la Ufología Española

El Conde que atropelló "una cosa viva"



Ignacio Darnaude Rojas-Marcos

Sevilla



- EL ARISTÓCRATA : Conservamos en nuestro archivo los datos de su identificación personal, ya que el protagonista no desea en modo alguno publicidad, habida cuenta de que "tú ya sabes cómo son estos mallorquines, y yo tengo que seguir viviendo". Se trata de un miembro de la alta burguesía, de 47 años, casado, con hijos, licenciado universitario en Ciencias, que se desempeña como jefe de departamento en una importante factoría industrial. Es un hombre bien conocido en Mallorca, serio, responsable y trabajador, que ostenta un título nobiliario. Es persona normal, realista y "atornillada al suelo", dedicada a su familia y a las tareas profesionales, poco dada a bromas y divagaciones. Estamos ante un testigo de extraordinaria solvencia en todos sentidos. Conoce superficialmente la ufología por los periódicos, y sólo ha leído al respecto "El retorno de los brujos" de Pauwels-Bergier. Le horroriza que lo vinculen públicamente con este caso, y hemos empeñado nuestra palabra de honor en no divulgar su nombre.



- LUGAR DE LOS HECHOS : Isla de Mallorca, provincia de Palma, término municipal de Lluch, en la carretera que une Escorca con Pollensa, a unos 4 kilómetros antes de llegar al Monasterio de Lluch. Se trata de un terreno accidentado a unos 600 metros sobre el nivel del mar, zona turística con restos prehistóricos y talayots. Muy cerca pasa el tendido de líneas eléctricas de alta tensión, y a unos 3 kilómetros se sitúan los embalses de agua potable de Golblau y Eldecoba. En las proximidades no hay escuelas, hospitales, cementerios, campos de deporte, vaquerías, basureros, centrales eléctricas, polvorines, torres de microondas, repetidores de televisión, minas, canteras, instalaciones militares, centros atómicos, puentes y otros enclaves que suelen atraer repetidamente a los objetos no identificados. La observación tuvo lugar en una ruta estrecha y llana, sin posibilidad de ladear el coche hacia las cunetas, en un campo solitario y sin ganado visible, parajes cercados y sitio de labrantío y arbolado.

- CRONOLOGÍA : En un día laborable no determinado, entre el 21 y el 30 de agosto de 1.977, hacia las 10,30 de una mañana soleada, con visibilidad perfecta.

ACONTECIMIENTOS:

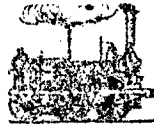
- CÓMO OCURRIERON LOS HECHOS : El Conde iba conduciendo tranquilamente su "Renault-12" a unos 70 kilómetros por hora. La radio no estaba conectada ni notó fallos del motor ni ruidos anómalos. Nuestro protagonista dejó atrás un bar cercano, siguió alrededor de un kilómetro, traspuso una curva y se enfrentó a un tramo recto y despejado de unos 300 metros. Fue en este momento cuando divisó "la cosa", en el mismo centro de la carretera, erguida a pleno sol. Como iba deprisa la observación duró tan sólo unos segundos.

- LA "COSA VIVA" : Era algo más ^{ELEVADO} que una botella de champán, con unos 35 centímetros de altura y 15 de base. Su forma recordaba la de un bolo o juego de bolera, aunque "muy estilizado", con un amplio pie que se estrechaba irregularmente hacia arriba. El conductor está completamente seguro de que no era un elemento de señalización de caminos. Su color era blanquecino lechoso, translúcido y de bordes suaves, al estilo de un calamar o medusa marina, como si fuese de plástico. No emitía luz propia ni estela o humo alguno, y no se fijó en si daba sombra. Tampoco notó ^{EN EL} rasgos humanoides o animales, cabeza ni extremidades. Aseguraría que "lo que fuera" estaba inmóvil, y sin embargo se le vino a las mientes, por algún misterioso parecido, el espectáculo de las culebras de la campiña, cuando se levantan con la cola enroscada a ras del suelo.



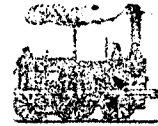
- SENSACIONES : Cuando el automóvil se iba aproximando al objeto, el Conde inexplicablemente experimentó una impresión muy intensa de que "aquello" sentía y gozaba de vida, y le acometió un extraño complejo de culpabilidad porque iba a aplastar a un ser viviente, todo ello en un brevísimo lapso de pocos segundos, y acompañado de una turbadora e indefinible inquietud, impropia de su temperamento tranquilo y aplomado. Este nerviosismo fue aumentando hasta llegar a la altura del "bolo", y persistió una vez que el vehículo pasó sobre él. El Conde fue incapaz de encontrar una motivación racional a su repentina y tremenda convicción de que iba a asesinar a "alguien" que palpitaba de vida. No sufrió por otra parte estado alguno de cosquilleo "eléctrico" ni paralización orgánica.

- REACCIONES DEL TESTIGO : Dándose cuenta de que iba a destrozar a la "cosa viva" , concentró todas sus facultades en un esfuerzo desesperado para no atropellarla. Como la carretera era estrecha y las cunetas con desnivel, no podía ^{HACERSE A UN LADO} para esquivarla, así es que sólo le cupo centrar el vehículo para no tocarlo con las ruedas, y pasar sobre él entre ejes. Cosa rara, no sintió el menor golpe de "lo que fuera" en el chasis o los bajos del "R-12" , como es habitual cuando se conduce sobre una pelota de goma, un perro o un arbusto, ni escuchó ruido alguno raro, nada. Como si "él" simplemente no tuviera cuerpo, tal si acabase de fulminar a un "bolo" inmaterial. Una vez que lo hubo "atravesado" , miró por el espejo retrovisor y contempló al objeto con absoluta nitidez, sólo que ya no de pie sobre su base, sino tumbado a lo largo en sentido horizontal, como si el coche lo hubiese derribado con el impacto, encontronazo que, si se produjo, no fue percibido por sus sentidos.



- LA HUELLA HÚMEDA : Sumamente preocupado por el extraordinario incidente, y con un desasosiego en aumento, el Conde siguió avanzando, pasó un par de curvas y decidió volver para averiguar lo que había pasado, ^{LO QUE HICIO} como al medio kilómetro. Regresó al lugar de los hechos, sin cruzarse ... en ese interim con persona o vehículo alguno. Cuando llegó los alrededores aparecían solitarios. Se apeó para inspeccionar el terreno, y "justamente en el sitio" (literal) del atropello apreció sobre el pavimento una mancha redonda y húmeda de unos 15 centímetros de diámetro, sin coloración ni olor especial, como si fuera de agua o un líquido similar. Rebuscó en los arceles y alrededores, sin observar rastros ni hierba aplastada o chamuscada, y no percibió sonido peculiar alguno. Para su asombro el enigmático objeto ¡había desaparecido!. El Conde tenía prisa, reculó y enfiló el auto hacia el Monasterio , y abandonó el paraje abrumado por insólitos remordimientos. Posteriormente volvió al lugar acompañado de sus hijos y de su padre político. En cuatro o cinco ocasiones investigaron exhaustivamente y palmo a palmo el terreno circundante, sin hallar el menor indicio significativo.

- DESPUÉS DEL "ACCIDENTE" : Le empezaron a zumbear los oídos al testigo, ^{INDISPONIBILIDAD} diagnosticada por el médico como hipertensión. Ni ojos irritados, ni insomnio o pesadillas, su salud normal salvo la pequeña molestia auditiva, que persistió unos cinco días. Sin que pueda aclarar la razón de esta "broma", al llegar a su residencia le comentó a su suegro: - "Hay que ver la impresión tan mala que se habrá llevado de aquí el extraterrestre, por haberlo atropellado inícuamente". Desde entonces el Conde lleva siempre en el coche una cámara fotográfica, "por si ve algo". No recuerda que se hubiera comentado por aquellas fechas la presencia en las Baleares de objetos no identificados, ni apagones u otros incidentes raros. Tampoco se dio a conocer "gente extraña", ni se recibieron llamadas telefónicas "absurdas". Desde EL INCIDENTE no le ha ocurrido tampoco nada anómalo o digno de mención relacionado con la "entidad atropellada".



- ANTECEDENTES PSÍQUICOS : Aunque parece un hombre notablemente equilibrado, por lo que nos ha contado en la entrevista el Conde diríamos que ha protagonizado experiencias paranormales fuera de lo común. Es un radiestesista de éxito, y en cierta ocasión adivinó el fallecimiento de un pariente. A los once años de edad, cuando en compañía de dos de sus hermanos se aproximaba a un castillo árabe semiderruido, los tres vieron con toda claridad, asomado a una ventana del edificio, a un personaje con turbante y ataviado al estilo musulmán, figura que se desvaneció a los pocos segundos. A los seis años, y estando con su madre en la habitación de un cortijo campestre de la familia, acompañados por sus hermanos y una tía carnal, y en mitad de una fuerte tormenta, por una ventana entreabierta del salón penetró súbitamente una bola de fuego algo mayor que una naranja washington, con una luz vivísima teñida de irisaciones azuladas. La familia en pleno contempló atónita cómo la esfera ígnea cruzaba la estancia, se dirigía a un gran espejo que adornaba el muro, se fue situando sucesivamente durante breves instantes en cada uno de los cuatro vértices del espejo, para esfumarse seguidamente por otra ventana, dejando un fuerte olor a azufre o sulfuro en la atmósfera de aquella tarde veraniega.

(Dibujos de Antonio Moya Cerpa).

IGNACIO DARNAUDE ROJAS-MARCOS

Cabeza del Rey Don Pedro, 9 - 2.º B

41004 - SEVILLA (Spain)

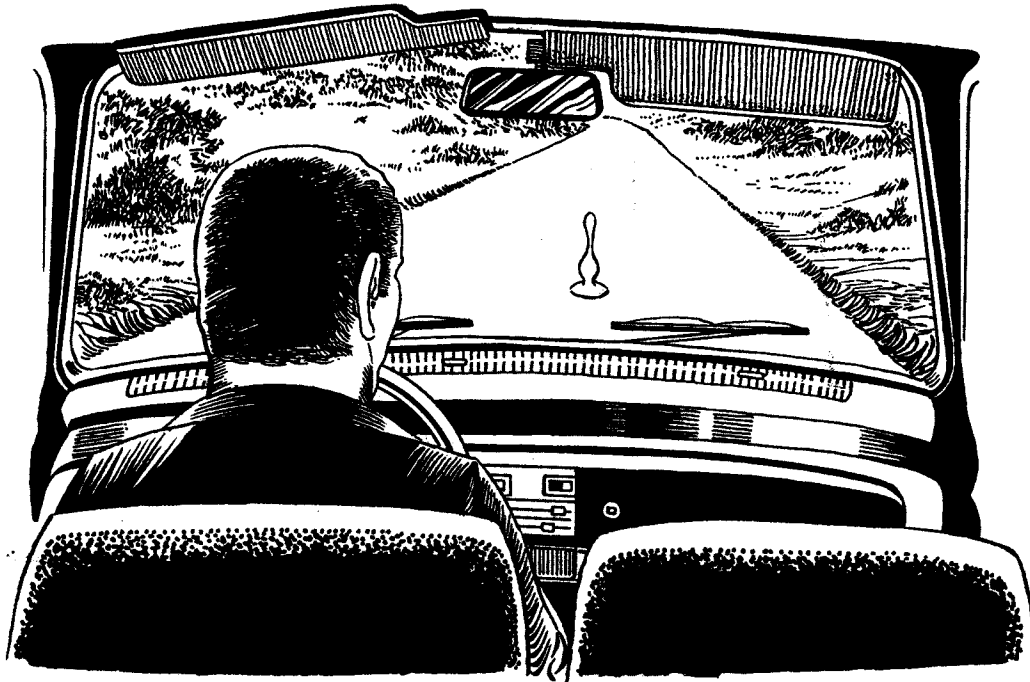


FIGURA 1

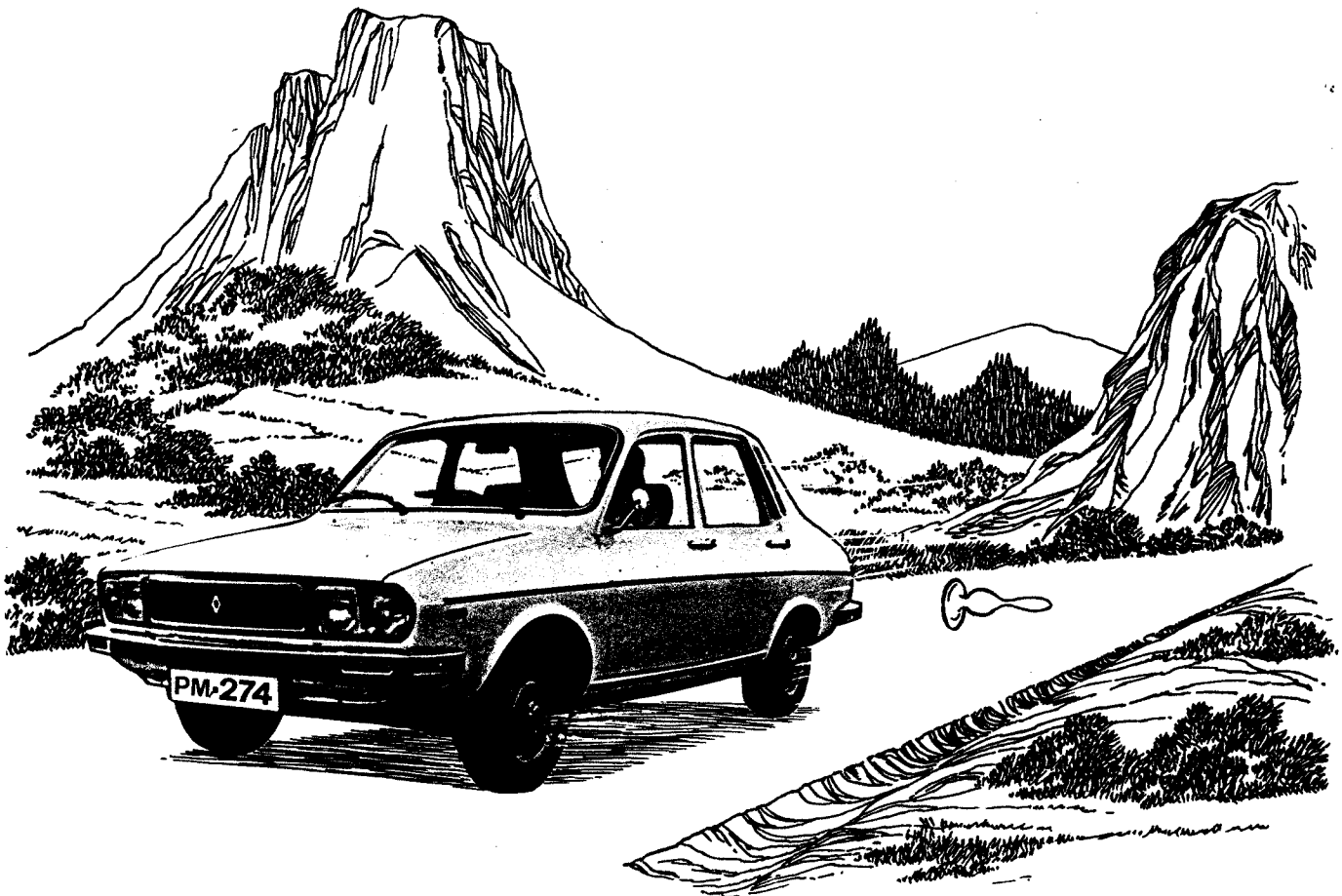
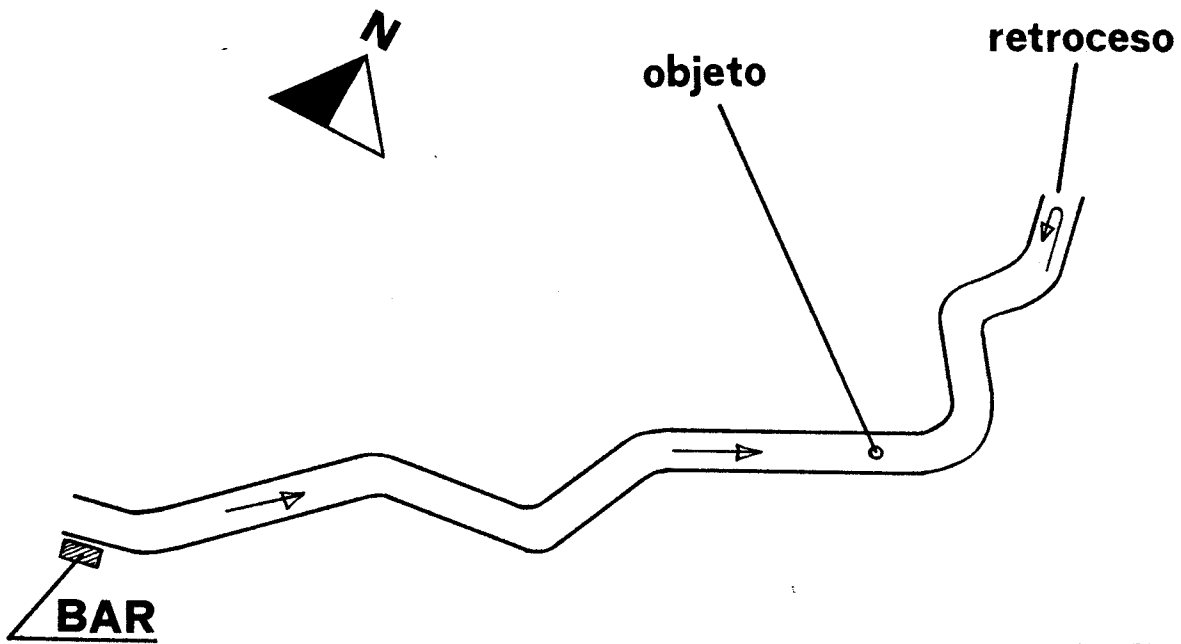
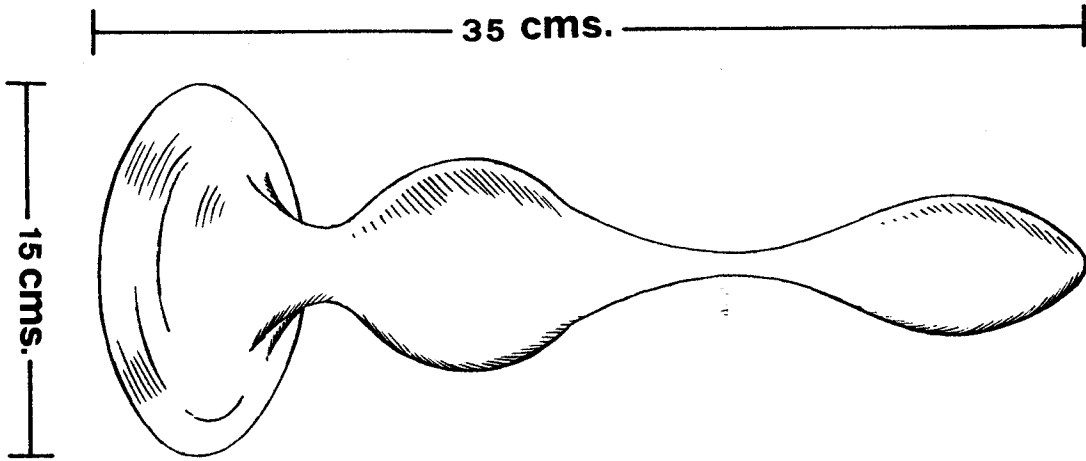


FIGURA 2

OBJETO



PLANO